

“Tú no tienes Marías que se van”

Los dedos eternos

César Vallejo

“Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer.

Y no la conoció hasta que parió a su hijo primogénito”

San Mateo, Capítulo I, versículos 24 y 25.

Un amante, José, retrae su cuerpo y sueña con un ángel. Un apóstol escribe sobre el sueño de un hombre enamorado. José despierta y recibe a su mujer. Pero el cuerpo erótico, escrito, y por lo tanto político, desconoce esa piel estirada por el peso que la inunda. “Y no la conoció hasta que parió a su hijo.” Así termina el primer capítulo del libro de la generación de Jesús.

Un texto, dos cuerpos, ¿tres? O un cuerpo que sólo se identifica una vez que cumple con la política: el hecho sagrado, social, literario, de traer un hijo al mundo. Tres hombres, José, Jesús y San Mateo; una mujer virgen concebirá y parirá un hijo que es declarado con nosotros Dios. Relación privilegiada del texto con la sexualidad y lo institucional. Libro de la generación o de la construcción de un yo sometido a las alternativas del deseo, y a las reglas integradoras del acto fundacional.

Entre tanto, San Mateo, escribe. El José lector del sueño ama el cuerpo de una María que sólo se vuelve escrita cuando aparece su obra: el hijo. María, su vientre pleno, sus pechos hinchados, su rostro teñido de un latido que la inquieta, lleva un cuerpo dentro de su cuerpo.

¿Quién en este relato es el verdadero escritor? ¿Y si el galileo fuese quien diera una versión de ese pathos que sólo se hace político en la medida de la traducción? Detengámonos un instante en ese momento en que María es recibida, en los ojos de María frente al brillo de los ojos de su amado que no la conoce. El verbo recibir alude a tomar, coger, concebir, conceptual, concepto.

José la recibe. Y la acción nombrada por el escritor recorre la pulsión topológica del viaje de un cuerpo; itinerario que va del deseo al mandato, recorrido espiralado que inaugura la función jurídico religiosa del precepto. La pálida desnudez de María cuando su esposo no la conoce hasta el momento de parir. Preposición con que se expresa el lugar en que termina la abstinencia de lo negado: hasta; circunstancia en que la palabra expone los accidentes de la conjugación.

Un cuerpo hombre sabe cuando nombra. ¿Y ella? De sus vísceras, el hijo. La escritura de su historia aliviará el dolor de ese instante; ese tiempo en que su cuerpo estuvo fuera de toda epistemología.

Proximidad, acumulación, adherencia. Del cuerpo como representación nos acercamos al otro significado del verbo conocer, aquél que sugiere el trato sexual; piedra de toque que distingue, discierne, diagnostica.

El predicador no le da la palabra a ella y aparta el cuerpo de él: transversalidad narrativa que es signo político. La carne, página sobre la cual se inscribe la historia de María hace leer una pedagogía de la reproducción. La voz queda subsumida en la primacía del hijo. Discursividad que instituye conductas y pensamientos. El parto de la virgen como semiosis de nacimiento, de la obra, de cosa creada.

¿Y ella? Registro de un nombre propio suspendido en los límites de la socialización. La María de San Mateo no habla y no sueña, o no habla porque no sueña. Privada de una figuración de sí misma en lo informe de la materia onírica. Cuando comienza a soñar, habla- escribe; cuando intenta escribir, sueña. Composición que pone en escena el teatro emblemático del pronombre personal. Sin discípulos, sin catedrales ni escuelas, sin campus ni fábricas; estética textual cuyo idioma no recluta a su alrededor.

La dislocación se produce por la irrupción de una forma hostil a la medida. Inclusión de otras perspectivas donde sueño, ensoñaciones y deseos son la forma de hablar del otro negado, excluido.

Habla y escribe, María; y por soñar, escucha. Siglo tras siglo la metáfora del hijo admite la consistencia de lo que permanece a su imagen y semejanza. Del dicho al interdicto se ejecuta el modelo rector en un mapa donde todo se marca. Hablar de lo indeterminado, de la diversidad volcánica; residuo o abismo, es contar la historia de una María desnuda, cuerpo que está más allá de la producción, cuerpo inconsumible.

Se estremece. José despierta, la recibe y no la conoce. Ella lo acaricia, la boca que recorre el cuerpo de José dice:

“campesino, pero también marinero; arraigado, pero desarraigado; fuera de su tiempo, de su idioma, de su país, aunque desembarcado hace mucho de otros lugares. Errante y anclado, verazmente contradictorio...venido de fuera y llegado de aquí, fuera llegado, venido de aquí”

Así le hubiera hablado la María que lee a Michel Serres, así, dibujando constelaciones en cada una de sus manos.

De eso se trata. Arrancarse de tradiciones territoriales y lingüísticas, desprenderse de las linealidades genealógicas y de los encadenamientos sintácticos de decires constituidos. Concebir un nuevo cuerpo de escritura, o quizás otorgarle a ese cuerpo tan antiguo un tono de resonancias múltiples y no necesariamente filiales y generacionales. De manera tal de trastocar las nociones de imperio, ya sea el dominio de Roma, o las encarnaciones fantasmáticas de la mundialidad europea o americana. El cosmopolitismo, la economía de tráfico unidimensional, se nombran en literaturas estatutarias. Al margen, el inmigrante, los refugiados, desintegrando la idea de lo transnacional son las marías que se van.

Tiembla. José despierta. Ella lo acaricia. Escribe, y escribe que se estremece y que José despierta y ella lo acaricia.

Acercate. Un poco más. Te escuché hablando entre sueños. Se siente un fresco brumoso a esta hora de la noche en la aldea. Abrazame. Decí, María.

I Encuentro Nacional de Escritores La Plata 2004
Relaciones ambiguas y múltiples entre la escritura, el cuerpo y la política.
Metáforas e identidades entre unos y otros.

Ana Arzoumanian